

## PRINCIPALES HITOS DE LA CELEBRACIÓN MURCIANA

**1851.** Primera procesión improvisada del Entierro, con motivos fúnebres, el Martes de Carnaval.  
**1854.** Primeras crónicas sobre el desfile.  
**1859.** Consolidación de la temática mitológica clásica. Primeros grabados con las carrozas en la prensa nacional.  
**1862.** Se repite el Entierro para que Isabel II y su familia lo con-

templen.

**1863-1875.** Primer periodo de desaparición del Entierro.  
**1876.** Se recupera el desfile. Surge el Testamento de la Sardina y la Apoteosis final.  
**1877.** Alfonso XII contempla un reducido Entierro en su honor.  
**1880-1898.** Tras la riada de Santa Teresa (octubre de 1879) comienza el segundo y más largo parón

del Entierro (20 años).

**1899.** El Bando y el Entierro se recuperan, desplazándose tras la Semana Santa. Surgen las «Fiestas de Primavera».  
**1902.** Se documenta el término 'Gran Pez', aplicado por entonces al presidente de la Junta Sardinera.  
**1905.** Muere la «diosa» María Gilabert Solano (de 24 años, natural

de La Unión) a causa del incendio de la carroza Baco. Desde entonces grupos de bomberos se integraron en el desfile.  
**1907.** Se celebra un primer Entierro de la Sardina infantil.  
**1910.** Martínez Tornel, antiguo defensor del desfile: «Ni aun renovado y transformándose se debe sostener como necesario ni imprescindible el Entierro de la

Sardina, que no trae ya a nadie a Murcia y es lo más costoso».

**1912-1913.** No hay desfile por la sequía en la huerta y la Guerra de Marruecos.  
**1915-1918.** Suspensión del Entierro.  
**1919.** Se introduce la luz eléctrica por baterías para iluminar las carrozas.  
**1921.** «Una ofensa a la moral pú-

# La reinvencción de una fiesta

El desarrollo del Entierro de la Sardina, la fiesta más original de Murcia, no ha sido siempre lineal y ascendente en sus 175 años de historia. A periodos de gran esplendor y fervor popular sucedieron otros, más o menos prolongados, en los que la celebración desapareció del calendario festivo



**JAVIER CASTILLO FERNÁNDEZ**  
Director del Archivo General de la Región de Murcia

Cuenta la tradición que en la noche del 4 de marzo de 1851, Martes de Carnaval, un grupo de jóvenes murcianos que estudiaban en Madrid y estaban de vacaciones en su ciudad natal se reunieron, como de costumbre, en la rebotica de la farmacia de D. Ignacio Rubio, sita en la calle Vidrieros del castizo barrio de San Antolín. Y allí decidieron emular la parodia del desfile fúnebre del Entierro de la Sardina, que se celebraba a orillas del río Manzanares y que ese año se había prohibido. Para ello se disfrazaron de disciplinantes, con capuchones negros y antorchas, formando una tétrica comitiva acompañada con una música lúgubre. En ella también formaban filas de hombres con trajes y capas de huertanos portando un féretro con una sardina, que recorrió las calles de aquel barrio hasta que fue quemada en una pira formada con los propios hachones.

Esta mojiganga tuvo tal éxito popular que se repitió en años sucesivos. Las primeras crónicas coetáneas de las novedosas fiestas son de 1854, año en que la humorada inicial ya se había ampliado de forma notable. El primer día de carnaval salió un cortejo de burgueses, a pie y en caballerías, disfrazados de tipos de la huerta en la que uno de ellos leía un humorístico y disparatado pregón de buen gobierno, ridiculizando su supuesta forma de hablar: el anteceden-

te de lo que al poco se conocería como el Bando de la Huerta. Al día siguiente se leyó y desfiló el llamado Bando del Casino (el antecedente del Testamento de la Sardina). Y en la tarde del tercer día, en medio de una ciudad adornada con telas de luto, atravesó una lucidísima cabalgata compuesta por grupos disfrazados, gastadores con enormes utensilios de cocina, comparsas de patos, un grupo de druidas, gigantes, bandas de música tocando marchas fúnebres, cien jinetes con trajes de época, carruajes adornados y doscientos hachoneros vestidos con túnicas blancas, grandes capuces y antorchas. Desfile que incluía cuatro carrozas de temas principalmente marinos, entre la que destacaba un carro mortuorio de la Sardina.

## El gran cambio: dioses y héroes del Olimpo

A mi entender fue la edición de la mascarada murciana de 1859 la que sentó las bases temáticas de lo que a partir de entonces sería el desfile del Entierro. Organizado por el Casino, «con el lujo y buen gusto que este establecimiento tiene de costumbre» a decir de un tabloide madrileño, se celebraba el octavo aniversario del desfile. Y como ya notó Luis Valenciano «ahora no se trata como en 1854 de la caricatura de un entierro sino de una compleja cabalgata». Mientras que en los desfiles anteriores dominaban las carro-



zas y comparsas de tema fúnebre y marino (góndolas, bergantines...) en alusión a la acuática condición de la difunta, aunque ya aparecían algunas de dioses paganos como Neptuno y Vulcano, es a partir de ahora cuando las carrozas con divinidades del Panteón clásico pasan a ser mayoría, pues además de las indicadas salen las de la diosa Aurora, Baco o el Destino y las tres Parcas. En años sucesivos surgirían las de Venus, Plutón, Mercurio y otras deidades y héroes clásicos, fijándose esta temática de mitología greco-latina que ha perdurado de

forma mayoritaria –aunque no exclusiva– en los grupos sardineños hasta nuestros días. Es interesante recordar que justo el año anterior, 1858, el desfile del recién renovado carnaval de Nueva Orleans había tenido como motivo el de los dioses del Olimpo.

‘El Mundo Pintoresco’, la famosa revista ilustrada editada en Madrid, publicó en abril de ese año de 1859 las que son las más antiguas imágenes de las carrozas del Entierro murciano, debidas al por entonces desconocido pintor Domingo Valdivieso y que, ahora y de nuevo, vuelven a salir a la luz.

Las fiestas populares absorben y reinterpretan elementos de distinta procedencia. Las cabalgatas con carrozas triunfales y alegóricas, de inspiración clásica, no eran extrañas al gran público.

## Influencias de ida y vuelta

En Murcia, como en otras ciudades, existía una larga tradición de suntuosos desfiles cívicos con motivo de proclamaciones de reyes, natalicios de príncipes o victorias militares, y de complejas y exquisitas procesiones religiosas, como las del Corpus Christi (Rafael Sánchez acaba de mostrarlo en su re-